

# DE LEÓN A VILLAFRANCA DEL BIERZO, POR EL CAMINO DE SANTIAGO (I) (De León a la Cruz de Ferro)



## Moisés Cayetano Rosado

He visto descender a tantos caminantes por los Pirineos y el norte de España haciendo el **Camino de Santiago** que ahora, cuando vamos **desde León a Villafranca del Bierzo**, no me siendo nada sorprendido al ver **la cantidad de personas de todas las edades y condiciones que lo recorren**. En algunos pueblos nos dicen: “Gracias a ellos esto tiene alguna vida, porque si no ya no quedaba un alma por estos parajes”. Y es que algo van/vamos dejando en hospedaje, comidas y regalos.



Pero **antes de entrar en León merece acercarse -quince kilómetros hacia el este- a visitar la iglesia de San Miguel de Escalada, del siglo X, joya del arte mozárabe español**, destacando sus arcos de herradura pronunciada en pórtico e interior. ¡Lástima que ni un solo panel, ni un mínimo folleto, nos ayuden en el recorrido, en medio de la soledad campestre, donde un “guarda” del monumento nos cobra la entrada y, como buenamente puede, da algunas indicaciones en medio del lamento por los “recortes de la crisis” en cuanto a guías, ilustraciones y atención general.



**Ya en León, lo mejor es parar cerca de la Basílica de San Isidoro**, donde contemplar no solo este monumento esencial del arte románico occidental sino uno de los fragmentos mejor conservados de la muralla romana, que volveremos a admirar al lado de la catedral.

Las magníficas portadas esculpidas de San Isidoro dan acceso a un templo admirable, de Capilla Mayor gótica, con retablo de 24 tablas excelente. **Pero lo más visitado es -con entrada inmediata exterior- el Panteón Real, del siglo XI**, que acoge los sarcófagos de 23 reyes y reinas, más otras sepulturas de la familia real y nobleza; **los frescos románicos del siglo XII, con escenas del Nuevo Testamento y calendario agrícola es de lo mejor que se ha realizado en pintura románica**, y su estado de conservación es admirable.



Desde allí, callejeando por el quebrado laberinto del casco antiguo -uno de los más **sugerentes lugares de “tapeo”** de España, y al que llaman significativamente “Barrio Húmedo”-, llegamos **a la catedral. Un bosque de pináculos, un abigarrado ramaje de arbotantes, en el exterior, así como una explosión de luces, colores figurativos, brillo y esplendor en las vidrieras de su interior**, de las más notables del mundo. La riqueza escultórica gótica alcanza lo sublime en la Virgen Blanca, instalada en el absidiolo central del transepto, y cuya reproducción preside también la puerta central de la fachada principal del templo.

Ya **camino de Astorga vamos viendo el reguero de peregrinos** a pie y en bicicleta que pueblan carreteras y caminos. Causa admiración esa “casa volante” que cuelga a sus espaldas, el enorme macuto caminero que llevan incluso personas que hace ya más de una década que rebasaron el medio siglo de su vida.



Y en Astorga, el magnífico regalo de su catedral, su **vecino Palacio Episcopal y numerosos vestigios romanos**. La primera,

pedagógico “libro de arte” en que se suceden el gótico flamígero (sobre todo en el ábside), renacimiento, plateresco y barroco (especialmente en portada). El segundo, obra neogótica de finales del siglo XIX, hecha por Gaudí -como la Casa de los Botines de León, en cuya plaza (de Santo Domingo) habíamos dejado el coche, por su cercanía al centro y amplio aparcamiento “bien cobrado”-. Los terceros, presentes en excavaciones y en la admirable muralla que en gran parte rodea a la ciudad, aunque bastante maltratada por construcciones adosadas y elementos de mobiliario urbano incluso en abandono, por no decir pintadas y otros desprecios a la historia.



Para compensar este “mal sabor”, no estará mal comerse **uncocido maragato** en esta capital de la comarca (comida “al revés”: se empieza por las carnes y se termina por el caldo) y **saborear sus gruesos, gigantescos chocolates**, para mí de los mejores, junto a los de Toro.



Un poco más allá, a unos cinco kilómetros, la gran sorpresa de **Castrillo de los Polvazares, uno de los pueblos más encantadores del país**. De precioso empedrado pizarroso, con amplias piezas al medio y menudas en los bordes; puertas adinteladas enmarcadas en gruesos maderos; portalones con amplio arco de medio punto, alternando cal y canto y sillarejo en las fachadas; colorido en verde y rojo de esas puertas, portones y ventanas; cubiertas de teja árabe a dos y cuatro aguas, y amplísimos corredores de acceso a las estancias principales. Señales de riqueza en medio de la pobreza secular de la Maragatería, foco de visitantes en fines de semana y vacaciones, que tuvimos la suerte de recorrer en día de diario solitario.



Y veinticinco kilómetros más allá, uno de los emblemas del Camino de Santiago: la Cruz de Ferro, tras la que pasamos al Bierzo. Al medio de un montón de tierra y piedras de 5 metros de diámetro (arrojadas ritualmente por peregrinos y campesinos a lo largo de los siglos) se alza una sencilla cruz de hierro sobre un palo desnudo. Sustitución humilde del dios Mercurio, protector de los caminos. Desde allí ya se vislumbran los Montes Aquilanos al oeste, y al sur la Sierra del Teleno. Paisaje calizo moldeado por arrastre nival y la avenida de riachuelos que cobran fuerza y grosor a medida que bajan por los montes.

10 JUNIO 2015

## DE LEÓN A VILLAFRANCA DEL BIERZO, POR EL CAMINO DE SANTIAGO (y II) (De la Cruz de Ferro a Villafranca del Bierzo)



Moisés Cayetano Rosado

Atrás y adelante, otros pueblos dignos de visitar, como es el caso de **Santiago de Peñalva, veintitantos kilómetros al oeste de la Cruz de Ferro**. Ligeramente desviado del Camino oficial, pero que merece ir a pasear por sus calles silenciosas; disfrutar de su impecable empedrado; los muros de pizarra y cuarcita; los balcones corridos de madera, esos aleros tan sobresalientes; su iglesia mozárabe del siglo X, con doble arco de herradura en la entrada, airosamente sostenido sobre tres columnas de mármol.



Cercanos **valles nivales** remarcan la “U” del modelado de su **roca caliza**, ligeramente excavada en pico al medio por la acción de los torrentes...; hendiduras “**pintadas**” de **marrón, verde y amarillo** (tierra, ramaje y flores). Ese **agua que corta la tierra, corriendo impetuosa**, dejando a la vista las raíces de árboles portentosos...



Estamos en pleno **Valle del Silencio**. De él se cuenta una leyenda, con variantes según la inspiración: en el siglo X, San Genadio, que había fundado allí un oratorio, estaba meditando en su cueva, pero el murmullo del río no le permitía concentrarse, por lo que golpeando con su cayado dijo: “**icállate!**”, y el río dejó de hacer ruido.



Un poco más adelante, aún desviados del Camino de los peregrinos, en el borde occidental de los Montes Aquilanos, **llegamos a Las Médulas**. Fue **la mayor explotación de oro a cielo abierto del Imperio romano** y en 1997 sería reconocida como Patrimonio de la Humanidad -cuatro años después que lo fuera el Camino que estamos parcialmente recorriendo-. Después de tres siglos de explotación, el paisaje que nos ha quedado resulta sobrecogedor: esos **enormes picachos de arena y conglomerados rojizos se alzan en una enorme extensión sobre un “mar vegetal”** que a duras penas consigue colonizar algunas de sus laderas menos empinadas. Espectáculo grandioso a todas horas por los efectos cambiantes de la luz en sus enormes paredones multiformes, en sus “muñones” provocados por la acción del agua llevada por inmensos canales de conducción con pendiente de entre el 0’6 y el 1% a lo largo de 300 kilómetros anillando y perforando montañas, para cribar el oro.



Subiendo al noreste, volvemos de nuevo al pleno Camino de Santiago, esta vez en la ciudad de Ponferrada. Buena zona ésta -hasta nuestro punto final en Villafranca del Bierzo- para **reponer fuerzas tomando un “botillo”, plato típico del Bierzo, muy parecido (aunque cambia la denominación y ligeramente el contenido y preparación) al que podemos tomar en toda la Raya/Raia hispano-portuguesa** entre las regiones de Galicia, León/Castilla y Extremadura por la parte española y Minho, Tras-os-Montes, Beiras y Alentejo por la portuguesa: diversas piezas del cerdo, troceadas (fundamentalmente costilla, rabo, espinazo y otras), adobadas con sal, pimentón, ajo y otras especias naturales, se embuten en el ciego del cerdo, ahumándose para su curación; se sirve con algún otro embutido, como chorizo, y coles con patatas cocidas.

Tan “explosiva” comida debe ser **acompañada de un “pan de pueblo” -hogaza de trigo hecha en horno de leña-**, al que podemos **“añadir” su vino tinto**, espeso, aunque no está nada mal la **cerveza fresca, “sin pasteurizar”, como anuncian en el bar-restaurante “El**

**Casino”, de Villafranca del Bierzo. No deben faltar las cerezas de la zona, que son una tentación al alcance del brazo en las carreteras del Bierzo.**



Repuestas las fuerzas, **Ponferrada nos ofrece el regalo de su extraordinario castillo templario.** Una cerca inicial de canto y barro del siglo XI, sobre primitivo poblamiento de la Edad del Hierro, fue reforzada por los Templarios a cal y canto en el siglo XIII. Confiscada en el siglo siguiente, su nuevo poseedor -Pedro Fernández de Castro- levantó un primer castillo (**Castillo Viejo**). En el siglo XV, con otros propietarios -Duque de Arjona y Conde de Lemos- se levantan nuevas estancias en otro extremo de la cerca (**Castillo Nuevo**), conformándose así una compleja fortaleza, que hoy admiramos en todos estos elementos, externamente protegidos en parte por **doble muralla, foso y barbacana**. Diversos museos y un callejero tortuoso lleno de caserones, palacetes y palacios magníficos completan una oferta tentadora, por donde deambulamos turistas, visitantes y peregrinos, camino de Villafranca.



Y en **Villafranca del Bierzo, nuevamente un “derroche” patrimonial** nos espera: iglesia románica de Santiago; convento de San Francisco con portada románica e interiores góticos (donde se encuentre la sencilla sepultura del escritor Enrique Gil y Carrasco, autor de la mítica novela “El señor de Bembibre” -una de las mejores novelas históricas españolas, ambientada en el siglo XIV, con el enfrentamiento entre órdenes militares/religiosas-, escrita cuando el autor apenas tenía 28 años); convento de la Anunciada, del siglo XVII; inacabada colegiata de Santa María, con elementos góticos, herrerianos y platerescos; castillo-palacio de finales del siglo XV...



**A cuatro kilómetros al sur de Villafranca se encuentra Corullón**, otro de estos pueblos que merecen una visita reposada. Rodeado de exuberante vegetación (una vez más con las tentadoras cerezas...), **conserva un castillo del siglo XV y dos deliciosas iglesias románicas** (de San Esteban y San Miguel, de los siglos XI y XII respectivamente), en las que destacan artísticamente sus portadas y, en especial, sus **canecillos, labrados con pericia y malicia, pues en varios de ellos sus posturas y órganos sexuales al desnudo, de generosas dimensiones y descarada exposición, sorprenden al visitante**. Supongo que más de uno los llevará... en su conciencia, para bien o para mal, hasta recalar en Santiago.

15 JUNIO 2015